



## CONVERSANDO CON INÉS RIEGO DE MOINE

Omár Árcega (México)<sup>1</sup>

### *¿Qué ideas o circunstancias le impulsaron a escribir este libro?*

En realidad fueron ideas y circunstancias a la vez dado que difícilmente las ideas puedan desvincularse de nuestra propia vida. En mi caso, desde hace muchos años vengo estudiando la mística -es decir, los caminos de búsqueda del encuentro y unión personal con Dios- y sus relaciones con la filosofía, las religiones y la vida misma, encontrándome con grandes silencios en este terreno en los discursos de la actualidad, principalmente de gran parte de los filósofos contemporáneos que ponen en tela de juicio la necesidad de este diálogo, cuando no su carácter absurdo. Pero, al mismo tiempo, y he aquí la circunstancia clave, alentadora y paradójica, me preguntaba cómo en este tiempo de cultura posmoderna en que predominan el nihilismo, la desesperanza, el relativismo y la indiferencia religiosa, existen aún sobre la Tierra millones de creyentes cristianos que dan su Sí a Dios cada día, desafiando por lo general un ambiente hostil para quien se atreve a creer. Esta es una realidad que vivimos a diario los latinoamericanos y sobre lo que casi no hace falta dar ejemplos. Por eso intento en mi libro llevar a los creyentes -y también a los que se sienten lejos de la casa del Padre- un fuerte mensaje de esperanza y coherencia que nos permita repensar y revivir la fe como posible y razonable, esperable y esperanzadora, desde la experiencia concreta de cada cual y en un lenguaje sencillo, sin la gravedad del discurso teológico o filosófico puros. Y para que eso fuera posible había que ubicar este mensaje no dentro de una isla solitaria sino en medio de un gran continente dialógico, como lo es la realidad compleja de la persona humana que podemos comprender mirándola desde cuatro parámetros fundamentales e ineludibles : yo, el otro, la fe y Dios. Ellos marcaron los cuatro capítulos en que el libro se articula.

### *En su libro habla de doble crisis: de la razón y de la fe. ¿Cual es la relación entre ellas?*

Hablamos de “crisis” de la razón y de la fe porque es la palabra que mejor refleja el estado actual de la cuestión aunque ésta sea una historia de décadas o siglos, pero no para mirar sólo la parte negativa de estas crisis -la poca fe de los creyentes sería una de ellas- sino sobre todo para advertir que estar en crisis puede ser también signo positivo de crecimiento y madurez si optamos por el camino verdadero y lo hacemos

---

<sup>1</sup> Entrevista publicada originalmente en el periódico *El Observador*, Querétaro, México, a propósito de la publicación del libro de la autora: *El Sí a Dios en tiempo de poca fe*.

entre todos, en comunidad y comunión, con el compromiso y la seriedad que ello requiere. El hombre conoce la realidad por la razón y por la fe y ambos modos de conocer son dones que Dios le ha dado al hombre para que alcance su plenitud, y el hombre así lo comprendió durante siglos respetando lo propio de cada nivel como un pendular armónico e intrínseco al Logos originario. Pero con el advenimiento de la modernidad, la soberbia se apoderó del hombre y la razón todopoderosa eclipsó a la fe, no permitiéndole ser un modo plenamente legítimo de conocer y amar, con lo cual la historia de la salvación humana dio un giro de 180°. ¿En qué consistió este giro? En que el hombre creyera que su salvación ya no pasaba por su fe en el Dios persona cuya esencia es el amor, sino por su acatamiento a los mandatos de la nueva diosa razón que vemos hoy deformada en sus muchas caretas destructivas: desde el hedonismo, el utilitarismo y la tecnocracia que caracterizan a nuestras sociedades marcadas por el individualismo, hasta el relativismo que siembra confusión en las mentes y en los corazones, sin dejarnos ver la luminosidad que irradian las verdades conocidas por la fe, únicas que verdaderamente salvan al hombre, no sólo para la vida eterna sino para una vida digna y feliz sobre la tierra donde ya comienza la eternidad, mano a mano con el rostro del hermano.

### *¿Cuáles son sus consecuencias?*

Las consecuencias están a la vista de todos: un hombre que oscila entre la indiferencia y la poca fe, con una fe acomodaticia y débil cuando la hay, que sólo se acuerda de Dios en los momentos difíciles de su existencia, es en definitiva un hombre opacado, sin la mirada amorosa y compasiva de la trascendencia, inmanente e individualista, olvidado del otro, lo cual produce la caída libre de todos los valores y virtudes que son el suelo nutricional necesario para construir una humanidad digna de llamarse “humana”. Signo de todo ello son: la violencia global que acecha a la puerta de nuestras casas; la terrible deshumanización que producen las adicciones sobre todo en nuestros jóvenes; el abismo casi obscuro que separa a los que tienen mucho de los que no tienen lo elemental para una vida digna; las corrupciones de todo tipo y a todo nivel que llevan a una falta de moral generalizada o, en el mejor de los casos, a una moral a la carta libre de responsabilidades; el irrespeto absoluto por la vida humana en sus inicios y en su término llegando este irrespeto a tener carácter de ley en muchos estados y países; los fundamentalismos de todo signo, la intolerancia y la xenofobia que siembran guerras por doquier; la indiferencia ante el dolor ajeno que es una especie de epidemia silenciosa que va endureciendo los corazones más nobles; y podríamos continuar largamente la lista de amargas consecuencias letales para el ser humano que, en su dimensión comunitaria, ya no puede dejar de habitar esta doble crisis.

### *¿Cómo superar ambas crisis?*

Volviendo al mandato más elemental, y a la vez el más excelso, que Dios le pide al hombre: el mandamiento del amor, “ama a tu prójimo como a ti mismo”. Sólo ocupándonos con ahínco de poner en el lugar central de nuestra existencia este mandamiento sublime, podremos superar ambas crisis pues razón y fe recobrarían el carácter verdadero y sagrado del saber y el creer subordinados al orden superior del amor, de aquel “ordo amoris” de que hablaba San Agustín. Comenzaríamos así siendo testigos y colaboradores de Dios -“adiutores Dei” como enseña San Pablo- en la gran revolución cordial (revolución del corazón) que está implorando nuestro tiempo. El mundo clama por ejemplos de vida, y nos lo reclama a nosotros los cristianos, que

decimos tener la clave de la verdad. Es hora ya de que no posterguemos más aquel “metanóete” -convíertete- de Jesús de Nazareth instándonos a la conversión personal, que, si se diera realmente, invadiría con sus efectos recíprocos a la sociedad entera porque el amor se transforma en responsabilidad por el otro, es difusivo, compasivo, contagioso, generador de esperanza y de futuro. Todo comienza con la toma de conciencia personal, con mirar a fondo el propio interior, y ver qué parte le corresponde a cada uno desde su pequeño o gran lugar para ir creando sinergias que transformen en bien los males que padecemos, en caridad los odios y rencores que nos van matando en vida.

***¿Existe tensión entre la fe y la libertad? ¿de ser así como conciliarlas?***

Sí, por supuesto que existe tensión entre la fe y la libertad, pero estemos seguros que nadie como Dios ha querido tanto la libertad del hombre. Si Él nos ha creado a su imagen y semejanza, también en la libertad humana está grabada a fuego su imagen. Pero, por lo general, los hombres malentendemos y distorsionamos la libertad pensándola sin límites y sin responsabilidades, sobre todo en esta época en que rendimos culto a una libertad extrema entendida como “estar libre de ataduras”, libre de todo vínculo. Del mismo modo, la fe que me permite creer y darle mi Sí a Dios no sería tal si no se diera en el marco de mi actuar libre, porque de lo contrario ¿qué valor tendría para mí mismo un Sí forzado, necesario o coercitivo? Y ¿qué valor tendría para Dios un “Sí, te amo” si este sí no fuera libre? Pensemos en el amor de pareja, el mayor icono del amor de Dios: ¿qué varón o qué mujer aceptaría de su compañera o compañero un amor forzado, no libre? Lo mismo sucede en la relación entre el hombre y Dios: Él, en su infinito amor hacia cada uno de nosotros, espera paciente, y tantas veces dolorosamente, que aceptemos su invitación a amarle mientras nosotros en muchas ocasiones le devolvemos tan sólo migajas de amor. Creemos en libertad y como no hay nada ni nadie que nos obligue a ello, la tensión estará siempre presente. Por eso necesitamos orar y pedirle a Dios las fuerzas necesarias para no claudicar. De eso se trata la fe, que en sí misma es conciliadora porque incluye a la libertad. El problema es otro cuando no hay fe, cuando el hombre no puede conciliar su libertad ante Dios, cuando no puede desfallecer ante su amor, un misterio de la conciencia humana que nos merece el mayor de los respetos.

***Una de las ideas de su libro es que el sí a Dios es un sí al hombre ¿Cómo explicar la filantropía atea?***

Muy interesante su pregunta, más en estos momentos de la historia en que la solidaridad para con el prójimo necesitado parece haberse convertido en un valor universal, que va más allá de la condición confesional, agnóstica o atea de las personas, lo cual habla de un proceso de madurez de la autoconciencia humana que debe alegrarnos mucho. ¿A qué obedece esta tendencia cada día más manifiesta? A que la naturaleza del ser humano no se modifica por sus actos o creencias y esa naturaleza común o esencia universal nos une como humanidad más allá de nuestras grandes diferencias, por eso la empatía -sentir con el otro- y la filantropía -amar al ser humano- son virtudes de humanidad que algunos desarrollan más que otros pero que están al alcance de todos. Un creyente y un ateo participan de una misma ley universal que no siempre estamos capacitados o dispuestos a ver: somos en primer lugar personas y por ser personas sólo el amor puede definirnos, no la mera inteligencia o la racionalidad que no dan la tecla en lo esencial. Aunque escapamos de las definiciones

porque ellas pertenecen al universo de las cosas, sí podemos aproximarnos a una certeza que el pensamiento personalista ha puesto en evidencia: somos en tanto y en cuanto somos amados, y si yo fui un hijo o hija no querido sé que Dios me amó desde el principio y en ese amor hace pie mi existencia entera. No me define el “pienso luego existo” sino el “soy amado luego existo”, y este orden del amor es el que Dios grabó en nuestros corazones y por eso un ateo puede amar tanto como un creyente.

*¿Cómo educar en la fe en tiempos donde ésta escasea?*

Si la fe es escasa hay que redoblar los esfuerzos y no quedarse de brazos cruzados, colaborando activamente con este desafío de educar en las verdades de la fe. La Iglesia que conformamos todos es la responsable de educar en la fe a las nuevas generaciones, pero no hagamos como que “a mí esa parte no me corresponde” porque tanto el educador formal, en el colegio y la universidad, como el informal, en la familia y la comunidad creyente, deben educar en primer lugar formándose para hacerlo con excelencia pero eminentemente con la propia vida, dando ejemplo de coherencia moral y de vida cristiana. Los niños y los jóvenes están cansados de recibir mandatos y consejos de quienes no viven la fe auténticamente, sintiéndose muchas veces desilusionados de quienes son sus figuras emblemáticas en la fe. He aquí donde se necesita una renovación profunda partiendo de un gran “mea culpa” colectivo. Escucharlos, incluirlos, contenerlos, no condenarlos ni discriminarlos por no pensar como nosotros dando muestras de esa autenticidad amorosa que ellos piden a gritos silenciosos, sería el paso elemental para que la realidad de la fe sea un futuro posible para ellos, y por ende para la humanidad entera en breve.

*Los hombres y mujeres del s. XXI ¿qué podemos hacer para transformar un ambiente de fe debilitada en un espacio de confianza en un Dios personal y amoroso?*

Me animo a decir que el presente estado de debilidad de la fe es una gran oportunidad histórica que tenemos los hombres y mujeres de este siglo para producir el viraje necesario hacia un nuevo tiempo del Reino anunciado por Jesús, tiempo que debe estar signado por la confianza y el encuentro personal con el Dios Amor Trinitario. Durante todo el siglo XX los profetas modernos han hablado de “la agonía del cristianismo” (Miguel de Unamuno), “la cristiandad difunta” (Emmanuel Mounier), “la poca fe” (Alberto Wagner de Reyna), denunciando el estado de caída de la cristiandad por todos conocido, pero como nos lo había advertido ya nuestro místico mayor San Juan de la Cruz, hay un camino eterno que no debemos olvidar y que el mismo Cristo encarnó con su vida, muerte y resurrección: “para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada”. Es decir, traduciendo esta sublime poesía a términos actuales, que bien podremos alcanzar el todo, la plenitud, pasando por este estado de poca fe parecido a la nada en que nos encontramos, la noche oscura de la humanidad. Hemos tocado ya ese fondo que nos permite ver la luz. Pero esto no debe quedarse en bonita metáfora discursiva sino que implica un trabajo a conciencia de todos los creyentes, un trabajo que debe pasar por reavivar las cenizas que los místicos supieron encender buscando con pasión y emoción el encuentro verdadero con el Dios de la vida que se hace carne en el rostro de cada hermano. Los hombres y mujeres de hoy, hasta los que viven en los rincones más remotos del planeta, están ávidos de la experiencia de Dios -por eso la proliferación de sectas y propuestas espirituales de variada procedencia- porque ni los discursos religiosos, ni los pseudo caminos de la

cultura actual sacian el anhelo más profundo del alma humana que es el encuentro y unión interpersonal con Dios, no porque ese deseo obedezca a un capricho absurdo, ni porque el impulso proceda del hombre a secas, sino porque el mismo Dios nos provoca con su amor desmedido a participar de su banquete, donde lo que se prodiga es precisamente amor, lo único que calma la sed humana. Él nos amó primero y quiere de nosotros sólo un Sí transido de amor. Recordemos la pregunta insistente de Jesús a Pedro luego de su muerte y resurrección: “¿Me amas? Apacienta mis ovejas”.